

an cora

SAN FELIU DE GUIXOLS - 20 AGOSTO 1959
NÚM. 593 AÑO XII

Carta a un amigo que se fué



Desde la lejanía en que te encuentras —lejanía de espacio y tiempo— nada de extrañar tiene que veas el panorama industrial guixolense desequilibrado en sus dos actividades básicas: La corcho-taponera y la turística.

No es de extrañar porque guardas el recuerdo de la imagen que te llevaste de él cuando te marchaste, y que no ha podido borrar. como muy bien acusas en tu escrito. la nula información de un posible cambio que hubiera podido operarse desde aquellas fechas.

Es más, de no haberte alejado de aquí, con mayor motivo podrias haber expresado tu vaticinio a través de la fingida gitana, ya que los términos de la disparidad de procesos de las citadas industrias más se han acentuado que no rebajado o mantenido en un punto estacionario.

Mientras el turismo ha continuado su marcha progresiva hasta extremos que parecían insospechables (y por los atisbos que tenemos aun no ha llegado a su cenit, sino que está a la mitad de su carrera), la industria corchera, no diré que ha seguido un camino inverso, porque parecería una irreverencia, y no es tampoco del todo verdad, pero sí que se ha mantenido a precario, sin pena ni gloria, más bien con pena; lo que por contraste con el auge que ha tomado aquella, diríase que ha decendido extraordinariamente.

En verano, en particular, debido al tráfigo de los vehiculos forasteros, los espectáculos exprofesos para turistas y el movimiento comercial que ello promueve, las conversaciones giran generalmente sobre el mismo tema, y diríase que no existe en la ciudad otro

aíán, otro interés que el de servir a la industria veraniega.

Otro factor, y seguramente el que más contribuye a concentrar la atención popular hacia él es la consecuencia económica que a la ciudad reporta. Aquí en la temporada estival el dinero fluye con fantástica facilidad. Va de unas manos a otras, de unos a otros bolsillos con rapidez supersonica. El trasiego monetario es enorme, deslumbrante.

Y es del todo evidente que no es la industria corchera precisamente la que le impulsa y le da bríos. Esta prosigue su natural desenvolvimiento, más o menos decadente, con periodos de amodorramiento que hacen pensar en su total declive.

Puede ser que no se halle en estado agónico como tú supones. Habrá quien vela para que así no ocurra. No obstante, para el que no está en el meollo de la cuestión, o en sus puestos directivos, todas las apariencias le inducen a creer que verdaderamente la industria del corcho, o mejor dicho del tapón está atacada por una dolencia incurable. Hasta ahora cuando menos no manifiesta sintomas de resurgimiento.

De ahí que la familia laboral deserte de los cuadros fabriles. Cuando a un enfermo no se le puede aliviar su dolencia lo mejor es dejarlo tranquilo y a merced de los doctores. Además, que los cuerpos sanos y con capacidad de trabajo no es lógico se resignen a esperar pasivamente que el enfermo cure. Ellos tienen necesidad, ansia y derecho de vivir. Y deber también de emplear sus aptitudes. Por eso se desplazan a donde hacen falta, y a donde puedan encontrar compensación a su trabajo.

Y como todo eso el turismo se lo ofrece a él acuden y por él son absorbidos.

Claro que sólo temporalmente. De no ser así, de no producirse el lapsus de inactividad invernal en la industria turística la del corcho hace tiempo hubiera pasado a mejor vida. Entonces ese museo por el que tanto suspiras

Sintonia

Cinco y cinco... ¿cuánto?

Cinco y cinco, nada. Ya que cinco céntimos carecen, según parece de valor. Resolución estatal. Así, pues, nada y nada, que es decir cinco y cinco céntimos, equivalen a cero. ¿Esta resolución?

Puede que lo esté en la teoría de esta Sintonia. Como lo será, sin duda, en la teoría de los futuros textos escolares, principio de toda formación mercantil, los cuales, seguramente, renovarán sus problemas redondeándolos a cero. Como igualmente deberá hacerlo todo cobrador estatal en beneficio de su asignación por quebranto de moneda.

Pero ¿que ocurrirá en otras prácticas comerciales que son el pan nuestro de cada día? ¿Que ocurrirá? Pues, inflación, señores, inflación. Una barra «d'estret» que las ha habido hasta ahora, de cinco céntimos — ¡prodigio! — valdrán diez céntimos. Un timbre móvil de a real, pasará a treinta céntimos. Igual con las pólizas que terminen en cinco céntimos. Y así sucesivamente.

¡Qué evolución ¿verdad? «¡Qui ho ha vist i qui ho veul!» A estas alturas ya no es ningún secreto que este aumento en las barras «d'estret» y en los timbres móviles podría acarrear una revisión de los sueldos y jornales. Pero, también, lo que más aflige, es este desprecio para estas piezas de cinco céntimos. No les vale ni la unión para hacer la fuerza. Como tampoco les vale la división para vencer. Anulación total.

Y el ánimo de las perras gordas ¿cómo debe andar? Seguramente, mal. Porque cuando veas las barbas de tu vecino quemar...

tendria ya ahora caracter arqueológico. Trabajo lendrian sus creadores, si los hubiera, a exhumar sus piezas del polvo y la herrumbre.

Asi marchan las cosas en San Feliu, amigo Vallverdú. Por eso, aunque nos duela en otros aspectos, no podemos más que alegrarnos de ese maná que nos ha caído del Cielo en forma de turismo y que gracias a él la ciudad no ha quedado despoblada.

Xavier.